

dioses que triunfan son los que tienen que ver con la negación de la cruz. La fe en este Dios es una provocación para la mentalidad materialista, edonista y ególatra de nuestra sociedad, pero también para quienes esperan que Dios nos solucione de manera mágica todos los problemas, o sencillamente que baje de la cruz. Pero creer en este Dios, podrá convertirse también en escándalo, si pretendemos compaginar la cruz con la espada o la cruz con los ídolos de nuestra cultura, si queremos ser cristianos sin seguir las huellas de Cristo y sin comprometernos con los valores que le llevaron a él a la cruz, si queremos separar a Dios del sufrimiento humano, olvidando que «junto al inocente que muere, solidario con él y en él, está Dios en la cruz»⁴⁸.

⁴⁸ B. FORTE, *Breve introducción a la fe*, 30. Laurentino Novoa Pascual CP.



UN SERVICIO PARA LA LITURGIA DOMINICAL

EXEGESIS de los textos litúrgicos
NOTAS para la preparación de las homilías
MONICIONES para la celebración

Solicite ejemplares gratuitos a:



DABAR
Paricio Frontiñán s/n
50004 ZARAGOZA
Tlno. y Fax: 976 439 635

TELÉFONO DEL EVANGELIO



976 445 566 - 976 445 555

**LLAMAR, ESCUCHAR (Grabación de 3 minutos) y
REFLEXIONAR**

(Precio de la llamada: coste normal)

Juventud y religiosidad

Rev. Aragon. Teol. 10 (1999)

José María Nerín Baselga

Los jóvenes no son bichos raros

Los jóvenes reflejan en su manera de sentir y de pensar, un estilo general de vivir, creer, pensar que caracteriza normalmente a toda la sociedad. La diferencia fundamental con los adultos estriba en que ellos son unos ejemplos más expresivos y en que en el seno de la juventud se manifiestan las tendencias más radicales que apuntan a nuevos subrayados. Por ello, antes de analizar la religiosidad de los jóvenes, digamos algo sobre el contexto en el que viven nuestros jóvenes: el mundo occidental. En esta ocasión voy a servirme de Rafael Díaz Salazar (1994, 71ss) quien nos presenta cinco formulaciones a propósito del mismo y destaca en ellas el papel puntero desarrollado por muchos jóvenes:

- 1) En las sociedades occidentales no existe un vacío de religiosidad, ya que persiste la religiosidad cristiana institucionalizada tanto de un modo expreso como de un modo difuso. Son mayoritarias las personas que se declaran religiosas y todavía más las que declaran creer en Dios, si bien entre los jóvenes se registran menores porcentajes de personas que se consideran «religiosas».
- 2) Existe un proceso de vaciamiento de una religión como la cristiana que ha estado muy llena de contenidos dogmáticos, normativos, rituales, etc. Se ha producido una pérdida de creencias, así como un bajo tono de la intensidad de éstas y de la experiencia religiosa. Son precisamente los jóvenes quienes constituyen el sujeto generacional de este vaciamiento.
- 3) Nos encontramos ante un largo proceso de transición socio-religiosa, un tránsito de unas formas de vida religiosa a otras, un paso a un tipo de sociedad caracterizado por intereses primordialmente intramundanos, que valora la religión, pero no la convierte en el centro de la vida personal y social. Esta transición religiosa está siendo protagonizada, sobre todo, por los jóvenes.
- 4) Se está constituyendo un nuevo ámbito religioso formado por aquellas personas que han emigrado del área cristiana institucionalizada y se siguen considerando «personas religiosas», pero desgajadas de instituciones, de ritos y de sistemas de creencias establecidos y regidos por autoridades religiosas.
- 5) Ha aumentado la indiferencia religiosa, así como el agnosticismo y ateísmo explícitos.

Podría afirmarse, con Durkheim, que la religión pierde ciertamente funciones sociales, pero que está más llamada a transformarse que a desaparecer. O decir con Martín Velasco (1998, 36) que lo que está desapareciendo no es el cristianismo sino una forma histórica de ser cristiano.

Se ha ido produciendo, además, una especie de sacralización de determinados ámbitos profanos (especialmente entre los jóvenes), hasta el punto de que algunos (Mardones 1994) hablan de «religiosidad profana». Esta «sacralización» (que incluye su ritual, objetos de culto, etc.) afecta, p.e., a ámbitos tales como el nacionalismo, la música, el deporte, el cuerpo, la naturaleza (el resurgir de la gran diosa «tierra»), el trabajo (en tiempos de crisis se agudiza su culto) y el horror de la historia humana («el escalofrío ante el horror es la vivencia de lo sagrado bajo la máscara de lo terrible»).

Estos cambios han afectado también a España, ubicada en este contexto. Nuestro país ha experimentado importantes cambios sociales, pero también religiosos. Citemos algunos de estos últimos: Dios ha dejado de ser social y colectivamente obligatorio, ha entrado en crisis la socialización religiosa en la familia y en la escuela, ha surgido una situación de «mercado» religioso con la pérdida del monopolio cosmovisional y de sentido, se ha difundido un misticismo difuso y ecléctico, han aparecido espectacularmente gran número de indiferentes a la vez que descendía el número de católicos practicantes, se ha fragmentado la coherencia doctrinal católica, la religiosidad se ha calificado por muchos como asunto de carácter privado al mismo tiempo que se pone el énfasis en el individuo y se le hace pasar por la experiencia afectiva, la salvación se intenta buscar aquí y ahora, etc.

Características generales de la religiosidad de los jóvenes

Las notas que acabamos de destacar pueden ser aplicadas perfectamente al conjunto de los jóvenes. Decimos al «conjunto», ya que no es preciso aclarar que ellos no son «clónicos» y que, por consiguiente, existen igualmente diferencias internas en este colectivo, diferencias que irán apareciendo a lo largo de estas páginas. Hecha esta importante matización, atrevámonos con algunas afirmaciones que añadir a las anteriores.

Según los últimos informes de la Fundación Santa María («Jóvenes Españoles 94», p. 141ss), entre los jóvenes no existe crisis de lo religioso sino más bien «hemorragia de religiosidad difusa», es decir, la demanda religiosa no ha desaparecido sino que se reorienta. Se está dando el desgaste de un tipo de religiosidad, así como la emergencia y coexistencia de nuevas y variadas formas de sentir, experimentar o expresar lo «religioso», no necesariamente vinculadas a la religión católica, aunque también están ligadas a ella.

Los mismos autores destacan que denominador común de la religiosidad juvenil es la demanda de sentido, de utilidad, de respuesta a requerimientos personales y sociales más que el cumplimiento de determinadas normas. A propósito de esto es-

cuché recientemente a una chica joven que nos confesaba en una reunión: «Vengo a misa con una serie de preguntas para ver si se me dan respuestas». Se habla de que existe un cansancio de una civilización de carácter técnico y una necesidad imperiosa de encontrar caminos de integración y armonía en un mundo confuso y fragmentado.

Está apareciendo una especie de religiosidad «salvaje» (J. Martínez Cortés) no vinculada a las grandes confesiones y credos o instituciones religiosas. Muchos jóvenes se acercan a lo religioso al margen de las iglesias, como si se inclinaran hacia una religiosidad por libre. Prefieren relaciones directas con Dios y rechazan todo tipo de intermediarios, sobre todo las mediaciones institucionalizadas.

Catequistas y animadores juveniles suelen hablar insistentemente de lo reacios que son los jóvenes a comprometerse. Tienen una fuerte sensibilidad ante los valores humanistas como libertad, dignidad personal, derechos humanos, solidaridad, amistad, paz, autenticidad, sinceridad, vida, pero más que la «militancia» prefieren el respeto a las opiniones de los otros, sin discutirlos, y no suelen aceptar compromisos permanentes con partidos, sindicatos y asociaciones que intentan alcanzar los valores mencionados.

Los que están inmersos en una mentalidad posmoderna, que es una cultura de los fragmentos, no entienden fácilmente una propuesta totalizadora como es la de Dios. El mismo Jesucristo es asumido como maestro, gurú, libertador, anárquico, o cosas semejantes, pero no más. Puede fascinar, causar admiración, pero otra cosa diferente es seguirle, y más complicado todavía aceptar su cruz y el dolor, e incluso llegar a adorarlo más allá de lo humano.

Determinados valores o posturas juveniles no se compaginan bien con lo religioso: el narcisismo que impide aceptar renunciaciones y culpas, el consumismo que no se liga a nada definitivamente, el presentismo difícil para los compromisos de largo alcance y la apertura a las grandes causas, el privatismo e individualismo, la crítica de la autoridad y de la tradición, etc. (González Anleo 1998). Pero eso no quiere decir que los jóvenes actualmente sean arreligiosos puesto que entre ellos encontramos bastantes que mantienen sentimientos religiosos que afloran de vez en cuando, resacralizan diferentes ambientes de la vida, presentan actitudes parareligiosas, se integran en movimientos religiosos o sectarios, buscan la trascendencia aunque sea en lo inmanente, etc. Por todo ello, hay autores que llegan incluso a hablar de una cierta recuperación de la religiosidad juvenil (Orizo) y hasta de resurgir religioso, especialmente entre las clases bien instaladas (De Miguel).

Hay quienes, como Juan González-Anleo («Los jóvenes y la religión light»), se remontan a la subcultura hippy e intentan analizar sus consecuencias sobre la religiosidad juvenil. La influencia de esta subcultura hizo que para bastantes jóvenes la religión desapareciera como alternativa vital valiosa, o bien se convirtiera para otros en algo más blando, más complaciente, más amable e incluso más relacionado con la ecología, casi como una Religión descafeinada, una Religión «light».

Este último término, unido al de «religión a la carta» han conseguido hacer fortuna: cada cual escoge de cada confesión religiosa lo que le conviene, lo que más le

atrae o lo que cree mejor («Jóvenes Españoles 94»). Se produce una especie de bricolage religioso, una mezcla de muchas ideas y prácticas de orígenes diversos. Se escoge lo que no moleste demasiado, se le quita dramatismo al invento y no existe preocupación por el hecho de que no todo encaje bien, de que el conjunto ofrezca un aspecto bastante incoherente. No se toma el todo sino la parte, provenga de donde sea; no el edificio entero, sino habitaciones, e incluso solamente piezas de las mismas; se aplican diferentes baremos morales, se escogen los mandamientos que menos escuezan, etc. Junto a ello, se considera que todas las religiones tienen algo de valor y se practica el sincretismo.

Autoidentificación religiosa

A mediados de los 90, tres de cada cuatro jóvenes españoles se declaraban católicos, aunque no tanto practicantes (poco menos de uno de cada cinco); uno de cada diez «indiferente»; un 4 % se calificaban de «agnósticos»; el 7 % «no creyente» o «ateo»; mientras que un 1 % se confesaba «creyente de otra religión». De los datos obtenidos se desprende que a medida que aumenta la edad disminuyen los que se consideran católicos practicantes y aumentan los indiferentes, agnósticos y los ateos. En 1996 se rompió por primera vez la superioridad de los jóvenes católicos practicantes sobre los indiferentes y ateos. Con todo, estamos en presencia, en este último caso, de un ateísmo «blando», no agresivo, y «autonomista», propio de personas que se consideran autosuficientes.

Como afirma González Bueno (1989, 98), «la mayoría mantiene, al menos 'de palabra', su filiación católica. Lo que quizás es más significativo es que se van situando en una zona 'templada': la de «católico no practicante». Es decir, tienen sus creencias y mantienen su filiación, pero rehuyen compromisos, no les interesa la «militancia» religiosa ni a favor ni en contra, demostrando que en esto no son «extremistas». Nos recuerda González Anleo (1998) que el descenso más brusco del sentido de pertenencia al catolicismo se produjo, no obstante, entre 1965 y 1975, coincidiendo con los años del agotamiento del modelo del nacionalcatolicismo, el triunfo de las contraculturas, protestas y reivindicaciones juveniles de los 60, y el postconcilio.

Este último autor nos señala que en la identidad católica juvenil han influido diversos factores: los profesionales religiosos (tanto sacerdotes como miembros de órdenes o congregaciones religiosas) han quedado cada vez más reducidos a la esfera privada, la presencia de la religión ha disminuido drásticamente en los medios de comunicación y en la vía pública, algunos sacramentos que tradicionalmente han ido configurando la identidad de los jóvenes (Confirmación, Confesión) tienen poco prestigio o, como en el caso de la Penitencia, una práctica muy escasa, la enseñanza de la religión en los centros escolares públicos es una cuestión bastante polémica, y cada vez abundan más los padres y madres secularizados que no transmiten la religión a sus hijos. A esto hay que añadir la pérdida de memoria religiosa a causa de la secularización de la familia, de las fiestas y calendarios, de la escuela y de los medios, de la calle y del arte, que ha ido borrando aceleradamente relatos sagrados, historias,

imágenes, símbolos, etc. El resultado final, concluye el autor, es que muchos niños y jóvenes españoles no encuentran fácilmente interlocutores válidos que les ayuden a construir su identidad católica y el edificio de actitudes, pautas y valores religiosos.

Creencias

Las creencias religiosas de los jóvenes españoles no se han visto tan afectadas como sus prácticas, tal como luego veremos. Parece que un 70 % afirma creer en Dios. La cuestión, sin embargo, afecta más bien al concepto de Dios que ellos tienen. ¿Se trata del Dios revelado en Jesucristo, del Dios juez, de Alguien superior? Existen creencias para todos los gustos y también, naturalmente, la búsqueda sincera y difícil de ese Dios, sobre todo cuando se cruza por medio el problema del mal y se le responsabiliza del mismo o de su aparente silencio y falta de respuesta ante los sufrimientos de los pobres.

A propósito de la imagen de Dios, se puede establecer algo parecido a esta tipología, que tomo prestada de Miguel Ángel Carcelén (1993, 13): Un grupo cada vez más minoritario se sigue aferrando a la creencia en un Dios misterioso, inalcanzable, desbordantemente trascendente (Dios Padre-Juez). Para otros, Dios es el familiar cercano que vive en el extranjero y al que jamás han conocido, sino por referencias. Un tercer tipo de jóvenes se resiste a abandonar al Dios de la primera adolescencia, Aquél al que se recurría para aprobar un examen, para sanar de una enfermedad o para superar la timidez (el manido Dios-tapaagujeros). No es numeroso el grupo integrado por jóvenes comprometidos con las exigencias del mensaje evangélico. No falta quien opina que es conveniente sostener alguna idea relativa al ser de Dios, a pesar de que no se crea en su existencia, sirviendo ese Dios de regulador de conciencias y de respaldo de una necesaria normatividad moral (el Dios neo-liberal). Otros, en líneas paralelas, concluyen que tales dioses perjudican más que benefician a la humanidad, y acaban en la negación radical de toda idea de Dios. Para los agnósticos, por otra parte, es imposible demostrar la inexistencia de Dios (por lo cual no se declaran ateos), pero también lo es probar su existencia (y por esa razón no se declaran creyentes). Los hay que relegan a Dios al cuarto oscuro de lo accesorio y se desentienden de todo lo que Él implica. Finalmente, para la mayoría Dios bascula entre el ámbito de lo personal y el de lo indefinible, pasando de la idea antropomórfica de Dios a representaciones más abstractas («Algo Superior», la «Fuerza Creadora»), a un Dios desencarnado.

En todo caso, los jóvenes tienden a rechazar las representaciones de Dios que se identifican con el ejercicio de autoridad, el castigo o la restricción de la libertad (como rechazan la idea de pecado, demonio o infierno) y, según Javier Elzo, se va extendiendo la imagen de Dios-Madre. La creencia en la reencarnación (recordemos lo de la religión «a la carta») parece haberse estabilizado en torno al 20 %, si no ha descendido ligeramente. Según este mismo autor, estas incoherencias con la doctrina establecida responden principalmente al hecho de que los jóvenes no encuentran en la transmisión de esas creencias una traducción para su vida cotidiana. Pues un ele-

mento central en la actual experiencia juvenil es que todo debe tener una traducción en su vida de cada día, que todo debe ser útil, en el sentido de que debe ser experimentado como algo vital e importante («Jóvenes Españoles 94»).

Prácticas religiosas

Si tenemos en cuenta la práctica u organización, se pueden establecer estos tres grandes tipos: por un lado los integrados en los grupos juveniles cristianos, con una práctica más o menos frecuente (aunque esto no quiere decir que todos sean lo que normalmente se entiende por «practicante»); por otro una minoría reducida de jóvenes que acuden más o menos regularmente a la misa dominical, sin estar integrados en grupos juveniles; y finalmente, la inmensa mayoría de jóvenes, que ya no practican, aunque pueden seguir teniendo creencias más o menos difusas. Para estos últimos tal vez el último contacto con la religión ha podido ser el profesor de religión, el trato más o menos formal con los religiosos o religiosas (si han estudiado en un centro de la Iglesia), o incluso el contacto vivencial con cristianos más comprometidos si han participado en talleres ocupacionales.

En las últimas décadas se ha producido un abandono masivo de las prácticas culturales organizadas o institucionalizadas. La tendencia a la baja no se ha detenido, si bien todavía se habla de un 17 % que dicen ir a misa semanalmente. La mitad de los jóvenes no va prácticamente nunca a la iglesia. Hay, sin embargo, diferencias notables entre las diferentes Comunidades Autónomas: frente al 28 % que acude a misa en Castilla y León nos encontramos con que en Cataluña esta cifra se rebaja al 7 %. Los porcentajes siguen siendo favorables para las chicas y para los de ideología conservadora.

Probablemente, además de ignorar, como ya hemos mencionado, el sacramento de la Penitencia, viven en contextos que nada tienen que ver con la práctica de rosarios, víacrucis y primeros viernes. Pero lo sorprendente es que casi un 60 % afirma tener experiencias y conductas de oración, especialmente los estudiantes y sobre todo los universitarios.

¿Cómo se sitúan los jóvenes respecto a la iglesia?

Se suele afirmar que la Iglesia perdió durante la Ilustración a los hombres de ciencia, en el s. XIX a la clase trabajadora y en el s. XX está dando la impresión de dejarse escapar a la juventud. Lo que sí que es cierto es que la Iglesia acostumbra a ocupar uno de los últimos lugares, si no el último, entre las instituciones menos aceptadas. Un ejemplo nos lo proporciona el hecho de que sólo el 4 % encuentra en la Iglesia orientación en cuanto a ideas e interpretaciones del mundo y el 3 % para orientarse en la vida cotidiana («Jóvenes Españoles 94»).

A la Iglesia (institución) se le hacen muchas objeciones: su vejez, su carácter pasado de moda que ya no dice nada a los jóvenes, su incapacidad para el cambio

y para ofrecer participación a los jóvenes, su carácter burocrático, el uso profesional de lo sagrado, su carácter jerárquico, la exclusión de las mujeres y también de los jóvenes de cualquier puesto importante, su proximidad al capitalismo, su imagen como «ciudadela de prohibiciones», su incapacidad para dar sentido y significado a la vida de los jóvenes compensándola con su predisposición a dictar normas, sus posicionamientos en la moral privada, especialmente en la sexual, sobre todo cuando sus declaraciones son percibidas como freno o como injerencia en la vida privada.

Qué duda cabe de que en la relación de los jóvenes con la Iglesia han influido factores como la crisis religiosa de la familia, la irrelevancia de la imagen que la Iglesia ofrece para un buen porcentaje del mundo plural de los jóvenes españoles, la consideración de lo religioso como asunto estrictamente privado, el envejecimiento del clero, con una media de edad que supera con mucho a la de sus padres, que va unida a la crisis vocacional consecuencia en parte de ese envejecimiento con la pérdida de conexión que ello supone.

¿Qué les gusta o disgusta de su parroquia?

A comienzos de la década de los 90, desde las Delegaciones de Pastoral Juvenil de Aragón y Rioja realizamos una investigación acerca de la situación de los jóvenes de ambas Comunidades Autónomas, incluyendo en ella aspectos de su religiosidad. De los datos obtenidos podemos llegar a la conclusión de que a los que participan de algún modo en la parroquia les gustan, al parecer, más cosas que las que les disgustan. Les gusta la gente, el ambiente, las actividades, etc., aunque nos encontramos con una gran dispersión en las respuestas. Parecen sentir de manera desfavorable el hecho de que falta gente, especialmente jóvenes. Están a favor de las misas de jóvenes, o con participación de gente joven, y en las que el cura se adapta a ellos y a su protagonismo, y rechazan lo contrario. Rechazan a los curas tradicionales y prefieren a los curas jóvenes.

Es importante resaltar todo aquello que afirman rechazar: los dogmatismos, direccionismos, las normas impuestas; la incoherencia de los curas, que predicán una cosa y luego hacen otra; la doble vida de la que acusan a algunos cristianos; el Dios «juzgador» que les han enseñado; los curas que se dedican a echar broncas.

Rechazan igualmente que la parroquia suela ser poco receptiva a las necesidades y exigencias de los jóvenes; rechazan que no se les escuche y que todo se les dé hecho; que no les pida ayuda a los jóvenes; que se les tipifique como problema; los servicios deficientes que les presta; que se les quiera «dorar la píldora»; incluso que los curas les «agarran» para algo y luego ya no les suelten.

Están igualmente en contra del predominio de la cantidad sobre la calidad; de la espiritualidad superficial que se les da; de la poca de vida de comunidad que hay en ella así como de la poca comunicación; de que su estructura sea poco participativa, estática, poco dinámica, anticuada; de su involucionismo.

Por último, afirman que la mayoría de las veces se quiere que participen en unas misas aburridas en las que no se enteran, en un culto al que tachan de monótono. Las homilias de los sacerdotes les parecen demasiado impersonales. Y echan en falta los sentimientos, como nos decía una chica: «Pienso que la mayoría de la gente va a misa por costumbre, pero no creo que sientan nada a la hora de estar allí».

Por otra parte, la parroquia suele tender a centrarse en sí misma. Sigue siendo válido lo que afirmaba, ¡hace ya casi quince años!, Carlos Barberá (1985): «La proliferación de sus propios servicios —dos años de catequesis de primera comunión, otros tantos para la Confirmación, cursillos prematrimoniales, catecumenados, atención a la tercera edad— da como resultado que la vida de una parroquia comience y termine en ella misma. De esta suerte los jóvenes pasan de educandos a educadores, de confirmandos a monitores, de catecúmenos a instructores. No es raro, además, que exista un club parroquial, excursiones y campamentos parroquiales. El resultado es un amplio grupo de jóvenes y adolescentes que cubren en la parroquia los distintos niveles de su vida religiosa. En la parroquia celebran: misas, grupos de oración, vigiliass. En la parroquia se forman: catecumenados, grupos de reflexión. En la parroquia actúan: son monitores, catequistas, dirigentes del club de ancianos. No se puede decir que tengan una espiritualidad seglar tal como la define el Concilio, porque 'lo propio del estado seglar es vivir en medio del mundo y de los asuntos temporales' (AS 2b). Son buenos chicos ajenos a los grandes quehaceres y solicitudes de los humanos».

Sectas y métodos para-religiosos

Parece ser que de momento los jóvenes españoles no se han sentido muy atraídos por las sectas y nuevos movimientos religiosos, siendo vistos por la gran mayoría como un puro negocio. En cambio, la verosimilitud de los métodos para-religiosos (horóscopos, tarot, etc.) está bastante extendida entre elevados porcentajes, sobre todo de mujeres y clase social baja. Hay igualmente un cierto interés por elementos religiosos orientales e incluso por el secretismo.

Retos

La situación religiosa de nuestros jóvenes nos está pidiendo una respuesta. El análisis no puede limitarse a quedarse en una visión sociológica sino que conviene que nos lleve a afrontar los grandes retos que han ido apareciendo. Sin pretensiones de resultar exhaustivos, presentamos a continuación algunos de ellos.

Es preciso que cambiemos el punto de partida: no hay que ver a un joven como si fuera un adulto, como si su fe fuera algo más o menos estable fruto de bastantes años, sino como a alguien que está rodeado de preguntas y que también se pregunta a sí mismo por su propia fe. Esa fe en un Dios cuyo rostro es muy distinto si comparamos la idea que de Él se hacen los distintos jóvenes. Esa fe que en muchos de sus aspectos no es fácilmente homologable a la de los adultos tradicionales

ya que la han ido recomponiendo, incrustando a veces en ella elementos ajenos a la propia tradición católica o incluso cristiana, y prescindiendo de otros según la fórmula mencionada de «religión a la carta».

Tendremos que afrontar la incidencia de sus convicciones religiosas en su vida cotidiana y no conformarnos con dar por válido cualquier tipo de espiritualidad que hayan desarrollado o aprendido. Habremos de preguntarnos muy en serio por el hecho de su abandono de las prácticas religiosas tradicionales, y afrontar sus certeras críticas al aburrimiento de nuestras celebraciones eucarísticas y a un sacramentalismo rutinario y acartonado.

Siguiendo a Martínez Cortés (1997, 17), «habría que proporcionar una experiencia de oración (o enseñamos a la gente a hacer oración o no hacemos nada) y vincularla a Cristo. Hay que volver a poner a Cristo en el centro de nuestra vida cristiana, de nuestra vida espiritual». Y es que nos la jugamos en gran medida en la vida, en la experiencia, de ahí que necesitemos ayudarles a experimentar la vida cristiana, a buscar la verdad en lugar de pretender poseerla, a personalizar su fe, a interpretar la realidad desde una óptica creyente para ir dando respuesta a esa demanda de sentido que desde la juventud se dirige a la Iglesia. Ese sentido que tiene mucho que ver con la vida de comunidad en las parroquias, pero también con la posible apertura a la trascendencia que implica su sentimiento de fascinación ante la grandeza y belleza de la naturaleza y del mundo, e igualmente con la integración de su propio cuerpo en la dimensión religiosa.

Hemos de ir superando la tentación del activismo, la del hacer por hacer. Hemos de ayudarles a superar la superficialidad y a ser personas profundas, con sentido crítico y autocrítico.

En esta época de identificaciones cambiantes, es necesario que ayudemos a los jóvenes a precisar el sentido de su autoidentificación religiosa y que afrontemos de manera decidida el contencioso que gran parte de ellos tienen con la Iglesia, que tiene que ser suya a pesar de que sigan considerándola como asunto de adultos o de curas, y volviendo al modelo de fraternidad propuesto por el Nuevo Testamento, comunidad de hijos del Padre común, apreciando al resto de las religiones como otras tantas aperturas (Martín Velasco 1998). La cuestión de las sectas así como del seguimiento de métodos para-religiosos son, igualmente, retos que tendremos que afrontar.

Habrà que tener también muy en cuenta su necesidad de utopía, su aspiración a la justicia que pasa por la dignificación de las víctimas y sus deseos de humanizar la convivencia superando la racionalidad técnica que nos invade. Estamos obligados a mostrarles con nuestro propio testimonio que es posible ser feliz desde la adhesión y el seguimiento de Jesucristo.

Hay que afrontar, como afirma Martínez Cortés (1998), sus necesidades de acogida y participación, de exploración de las posibilidades del «yo», incluida la de poder sobrepasarse a sí mismo, y la de entrega a algo (Alguien) que supere el positivismo de lo «dado».

Y también el reto de posibilitarles la formación e integración en grupos, respetando a la vez su autonomía y dignidad personal.

Epílogo para animadores cristianos de jóvenes: lo importante es vivir la alternativa cristiana

Los que trabajamos con jóvenes en parroquias, grupos o movimientos tenemos ante nosotros el gran reto de ayudarles a vivir de un modo distinto y alternativo al modelo de sociedad y de convivencia que se nos ha impuesto. Ayudarles a vivir en las circunstancias del comienzo del tercer milenio siguiendo el estilo de vida del mismo Jesucristo, continuado después según sus propias circunstancias por las primeras comunidades cristianas. Y ayudarles a superar los obstáculos con que van a encontrarse si intentan hacerlo.

Lo importante es vivir, lo cual no es exactamente lo mismo que prepararse para ello, formarse, hacer planes, etc. Vivir es ser, saborear la existencia, disfrutar y potenciar la belleza y el arte, saber estar, gozar de la vida a pesar del dolor, tener paz, equilibrio, amar, convivir, sacar de nosotros mismos todas las posibilidades que Dios nos ha regalado como parte de nuestro ser, compartirlas con los demás... Respetar la vida propia y la de los otros. Sentirnos unidos a la vida que late por doquier en las personas, los animales, las plantas y en todo el universo. Asumir la vida, en definitiva, como un don de Dios y darle gracias por ello.

Y vivir la alternativa cristiana. Esta «alternativa» es el modelo de vida propuesto y practicado por Jesús. Consiste, de entrada, en una vida comunitaria, en grupos abiertos a los demás. Grupos que comparten lo que tienen con los que no tienen, sean o no del grupo. Con un programa de vida y acción consistente en lo expresado en las bienaventuranzas: no reconocer como absolutos ni al poder, ni al dinero, ni al prestigio, sino sólo a Dios; ser gente sin mala intención, sin ideas torcidas, personas incapaces de traicionar, trabajadores por la paz, personas que están al lado del que sufre, que se esfuerzan para que haya justicia. Personas con una actitud básica de servicio a los demás y no de dominio. Personas que aman, incluso a los que les hacen la vida imposible. Personas y grupos que anuncian el Reino de Dios y son testigos de Jesucristo en unión con muchos otros con los que forman la Iglesia.

Vivir la alternativa cristiana no es posible sin que Jesucristo ocupe el centro de nuestra vida y nos sirva en todo momento de referencia. Este Jesús que fue un personaje inclasificable, que rompía esquemas, un hombre radicalmente libre, pero entregado totalmente a cumplir la voluntad de Dios, a quien llamaba Padre; un hombre para los demás, especialmente dedicado al servicio de los más necesitados y empobrecidos. Que se dedicó a anunciar la llegada del Reino de Dios en compañía de un grupo de personas a quienes llamó y que le seguían por todas partes. Que no poseía nada e iba de un lugar a otro pobremente, invitando a todos a convertirse y haciendo el bien curando de sus males a la gente. Que fue fiel al Padre, fiel a sí mismo y fiel a su misión hasta la muerte. Hasta esa muerte como un marginado y despreciado que le ocasionaron los poderes políticos y religiosos de su tiempo, inquietos porque su posición de dominio y falsa religiosidad quedaban denunciados por el mensaje y la vida de Jesús, por su invitación a considerarnos hijos de Dios y hermanos todos iguales, viviendo la fraternidad y el compartir, simbolizado todo ello expre-